

— Á caballo.

— ¿Solo?

— No sé si debo deciros cómo.

— Si, porque no soy celosa.

Y Mad. de Marandé dijo esta afirmación con tal franqueza, con tanta naturalidad, que era fácil conocer decia verdad.

— Pues bien, continuó Juan Robert; no iba solo: servía de caballero á una encantadora amazona.

— ¡ Ah! ¿ de veras?

— ¿ Es que os digo algo nuevo?

— No, pero en todo esto no veo que hayáis acertado el secreto que pretendéis adivinar.

— ¡ Oh! es bien fácil: he pensado que puesto que Mr. de Marande no tiene escrúpulo en acompañar al bosque á otra mujer que la suya, de aquí el derecho que vos decis ó creéis.

— No os he dicho que me creía con *un derecho*, sino que *le tenía*.

— ¿ Conque no he adivinado?

— No.

— Permitidme que os haga una pregunta.

— Hacedla.

— ¿ Responderéis á ella?

— Según.

— ¿ Cómo es que Mr. de Marande, teniendo por esposa una tan adorable criatura como vos, cómo en vez de ser el amante de todas las mujeres...

— Y bien, ¿ qué?...

— ¿ No es el marido de la suya?

— Hé ahí el secreto que no puedo deciros, querido poeta.

— ¿ Por qué?

— Os lo repito, porque no es mi secreto.

— ¿ Pero de quién es ese secreto?

— Es el secreto de Mr. de Marande. Venid.

Y Juan Robert, no encontrando más objeciones que hacer, se dejó guiar por aquella Ariadna al través de las vueltas y revueltas del laberinto del palacio Laffitte.

— Vamos, murmuró siguiendo, parece al menos que en este laberinto no hay Minotauro.

CAPÍTULO XII.

CALLE DE ULM. — PRESENTIMIENTOS DE BABYLAS.

La habitación de Mad. de Marande se hallaba situada en el primer piso, en el centro del ala derecha del palacio de la calle Laffitte ó de Artois, como se quiera, según que se quiera llamarla por su nombre actual ó designarla por su antigua denominación.

Abandonaremos aquí á Juan Robert y á Mad. de Marande, por un motivo que el más exigente lector hallará justo, y es, que habiéndose cerrado cuidadosamente la puerta de aquella habitación entre ellos y nosotros, no nos es fácil entrar.

¿ Y qué iríamos á hacer en el cuarto de esa adorable Mad. de Marande, á quien queremos con toda el alma?

Además, conocemos ya la habitación.

Sigamos, pues, en un barrio menos aristocrático, hacia el cual camina soñando ese poeta francamente abierto á

los rayos del amor, y á quien hemos llamado Ludovico. Llegó á la calle de Ulm.

El que le hubiera preguntado cómo había venido y por dónde había pasado, habría puesto en grave apuro á Ludovico.

Á través de las rejas del piso bajo que habitaba la Brocante, Babolin, Phares, Babylas y sus compañeros, Ludovico descubrió un rayo de luz, pues nunca las cerraban del todo.

Esta luz aumentaba y disminuía incesantemente, prueba de que estaban aún levantados y que se la llevaban de un cuarto á otro.

Ludovico se acercó y miró por la abertura como hombre que conocía el sitio.

Pero aunque la ventana estaba entreabierta, vista la disposición de los personajes y el sitio que ocupaban, Ludovico no pudo ver nada.

Lo que comprendió fué que Rosa de Noel no había subido aún al entresuelo, pues nada anunciaba en éste la presencia de la niña, ni la lamparilla de opaca luz que ardía en su habitación, ni el florero con la flor que llevaba su nombre y que al retirarse salía ella misma á colocar en el balcón.

Ludovico la había prohibido que quedaran de noche en su habitación ni flores ni plantas.

Ludovico, no pudiendo ver, escuchó.

La calle de Ulm, ya silenciosa durante el día como un barrio de una capital de provincia, estaba á estas horas desierta como un camino real.

Podía, pues, prestando atención, oír con poco trabajo la conversación de las personas que habitaban el piso bajo.

— ¿Qué tienes, amado mío? preguntaba la Brocante.

Esta pregunta era evidentemente la continuación de una conversación ya empezada cuando llegó Ludovico.

Pero nadie respondía.

— ¿Por qué no me contestas, cariño mío? replicaba la vieja Brocante con voz inquieta.

Á pesar de este interés continuó el mismo silencio.

— ¡Oh! el carínito es sin duda el bribón de Babolin que se hace el enfermo, pensó Ludovico.

La Brocante continuaba sus interrogaciones, pero siempre sin obtener respuesta.

Sólo que se podía notar que su voz iba subiendo insensiblemente de la dulzura á la amenaza.

— Si no me contentáis, Sr. Babylas, os prometo que vais á llevar una solemne tunda; ¿lo oyes? dijo la Brocante.

Sin duda el personaje, ó más bien el animal á quien iban dirigidas estas palabras, juzgó que había peligro inminente para su piel como continuara callando, porque contestó con un gruñido sordo, que prolongándose terminó en un lamentable aullido.

— ¿Qué tienes, mi pobre Babylas? exclamó la Brocante lanzando una exclamación que tenía cierta analogía filológica con el gruñido de su perro favorito.

Babylas, que parecía haber comprendido perfectamente esta pregunta, contestó sin duda con un nuevo gruñido más explícito aún que el primero, porque la Brocante exclamó con acento de viva admiración.

— ¿Es posible, Babylas?

— Sí, respondió el perro en su idioma.

— ¡Babolín! gritó la Brocante; ¡Babolín!... ¡pereroso!

— ¿Qué, qué?... preguntó Babolin despertando intrépidamente de su primer sueño.

— Mis cartas, pícaro.

— ¡ Oh ! cartas á esta hora ; buena es esa ; pues no faltaba más.

— Mis cartas, te digo.

Pero Babolin sólo contestó con una especie de gruñido que indicaba que el muchacho no era del todo extraño á la lengua materna de Babylas.

— Que no me gusta decir dos veces una cosa, pilló, dijo la vieja.

— Pero ¿ para qué queréis las cartas á estas horas ? dijo el pilluelo en el tono de un interlocutor que empieza á desesperar de hacer entrar en razón á un adversario. ¡ Oh ! si la policia supiera que echabais las cartas á una hora tan intempestiva, como lo son las dos de la madrugada.

— ¡ Dios mío ! dijo la dulce voz de Rosa de Noel, ¿ son ya las dos de la mañana ?

— No, muchacha, apenas son las doce, dijo la Brocante.

— Sí, sí, las doce, id á verlo.

Como para terminar la cuestión, el reloj dió las doce y media.

— ¿ Lo veis ? gritó Babolin, es la una.

— No tal, que son las doce y media, dijo la Brocante que queria quedar encima.

— Sí, sí, las doce y media, semejante hora sólo puede ser en vuestro reloj que anda como le da la gana.

Sin duda á la Brocante no le hizo gracia la respuesta, porque Babolin, comprendiendo que le iban á levantar de un modo no muy agradable, se lanzó de la cama al suelo y desde aquí hacia una vara, hacia la cual extendía ya su brazo la Brocante.

— No es esa vara lo que te pido, sino las cartas.

— Ahí tenéis las cartas, dijo Babolin dándoselas y ocultando tras de la espalda el instrumento destinado á quitar la pereza.

Y añadió á manera de comentario :

— Es cosa que hace perder la paciencia el ver á una mujer como vos gastar el tiempo en semejantes tonterías en lugar de dormirse tranquilamente.

— ¿ Es posible que seas tan ignorante á tu edad ! dijo la Brocante encogiéndose de hombros con un significativo movimiento de desprecio : pero tú nada ves, nada oyes, ni nada observas.

— Veo que es la una de la mañana ; oigo que todo París ronca, excepto nosotros, y observo que ya es hora de seguir el ejemplo de todo París.

— ¡ Búrlate ! ¡ búrlate, desdichado ! exclamó la Brocante arrebatándole las cartas.

— Pero ¿ cuerpo de Dios ! ¿ qué queréis que vea, oiga ú observe ? dijo Babolin lanzando un juramento enérgico y prolongado.

— ¿ No has oído á Babylas ?

— Lo he oído.

— Pues bien, si le has oído...

— No faltaba más sino que tuviera una obligación de estar todo el día y toda la noche escuchando al animalito.

— Pues debieras haberle oído.

— ¿ Y qué ha hecho ?

— Ha gemido.

— Diréis que ha aullado.

— No, ha gemido,

— ¿ Y qué sacáis de eso ?

- ¿ No lo entiendes tú ?
- Jamás se me ha pasado por la cabeza.
- Pues debieras entenderlo.
- Es que cuando quiero lo entiendo.
- Luego sabes...
- Si sé.
- Entonces ¿ por qué te figuras que ha gemido ?
- ¿ Me dejaréis dormir si os lo digo ?
- Si, perezoso.
- Pues bien, me he figurado que tiene una indigestión. Ha cenado como cuatro, y tiene motivo y derecho para aullar ahora como dos.
- Calla y vete á acostarte, tunante, dijo la Brocante furiosa. Serás siempre un imbécil, y desde ahora te lo anuncio, morirás siéndolo.
- Vamos, no hay que enfadarse ; ya sabéis que vuestras predicciones no son evangelios, y puesto que me habéis despertado, explicadme los gruñidos de Babylas.
- Alguna desgracia nos amenaza, Babolin.
- ¿ Una desgracia ?
- Una gran desgracia.
- No entiendo por qué.
- Babylas no aulla sin motivo.
- Bien conozco que Babylas á quien nada le falta, que está aquí tratado á cuerpo de rey, no se entretendrá en aullar por el rey de Prusia : pero ¿ por qué aulla ? Vamos Babylas, dinos por qué aullas.
- Eso es lo que vamos á saber, dijo la Brocante barajando las cartas. Ven aquí, Phares.
- Se recordará que este nombre de Phares era el nombre con que la Brocante llamaba á su corneja
- Pero Phares no acudió al llamamiento.]

La Brocante llamó segunda vez á la corneja y la corneja no se movió.

— Pardiez, dijo Babolin, no es extraño que á estas horas duerma el pobre pájaro ; tiene razón para hacerlo, y no seré yo quien le riña por ello.

— ¿ Rosa ! dijo la Brocante.

— ¿ Qué queréis ? dijo la niña interrumpiendo su lectura por segunda vez.

— Deja el libro y llama á Phares.

— ¿ Phares ! ¿ Phares ! dijo la joven con su dulce voz que resonó en el corazón de Ludovico como el canto de un pájaro.

Lanzóse la corneja de lo alto de su percha ; describió cuatro ó cinco círculos y vino á posarse en el hombro de la joven, como ya otra vez se lo hemos visto hacer, cuando introdujimos á nuestros lectores por primera vez en casa de la Brocante.

— Pero ¿ qué tenéis, dijo la niña, á la Brocante, que estáis tan conmovida ?

— Tengo presentimientos muy tristes, mi querida Rosa, respondió la Brocante. Ve cuán inquieto está Babylas : ve qué asustada está Phares : si las cartas después de esto nada dicen, no tendremos más remedio que callar y esperar.

— Me asustáis, dijo Rosa de Noel.

— Pero ¿ qué diablos tiene esa bruja y á qué asustar así á esa pobre niña ? murmuró Ludovico. ¿ Qué diantre ! por más que viva de ellas, y por lo mismo que de ellas vive, sabe muy bien que sus dichas cartas no es más que pura charlatanería. Ganas me dan de ahogarla y á su corneja y á sus perros con ella.

Las cartas fueron malas.

— Resignémonos á todo, Rosa, dijo dolorosamente la

bruja, que al contrario de lo que pensaba Ludovico tomaba muy por lo serio su profesión de hechicera.

— Pero en fin, dijo Rosa, si la Providencia os advierte de una desgracia, debe daros á conocer al propio tiempo los medios de evitarla.

— ; Alma mía ! dijo Ludovico.

— No, dijo la Brocante ; y esto es lo más triste, porque veo venir el mal y no sé cómo huir de él.

— Pues suceda lo que Dios quiera, dijo Babolin.

— ; Oh ! Dios mío, murmuró la Brocante alzando los ojos al cielo.

— Vaya, no hay que apurarse ; acaso no sea nada, dijo Rosa. Vamos, ¿ qué desgracia puede sucedernos ? Nunca hemos hecho mal á nadie, nunca tampoco hemos sido tan felices ; Mr. Salvador vela sobre nosotros .. Yo quiero...

Y se detuvo.

La cándida niña iba á decir : yo quiero á Ludovico, que á ella le parecía el colmo de la felicidad.

— ¿ Qué quieres tú ? preguntó la Brocante.

— ¿ Á quién quieres ? dijo Babolin.

Y luego añadió á media voz :

— Anda, Rosita, di á la Brocante, que sólo creerá que lo que quieres es azúcar, ó miel, ó pasas. ; Oh ! la buena de la Brocante, la famosa Brocante.

Y Babolin empezó á cantar con una música de él sólo conocida :

Yo quiero, quiero, quiero
al señor Ludovico.

Pero Rosa dirigió al pilluelo tan dulce mirada, que este cesó de cantar diciendo :

— Pues bien, no, no le quieres. ; Estás contenta, hermanita de mi corazón ? Dime, Brocante, me parece que no es difícil hacer versos como Mr. Juan Robert. Ya ves que á pesar mío y sin yo saberlo, acabo de hacerlos. ; Oh ! está decidido ; desde hoy me hago poeta.

Pero cuanto podían decir Babolin y Rosa de Noel no podía distraer á la Brocante de su preocupación.

Así que, persistió en ella y dijo con voz lúgubre á Rosa :

— Sube á tu cuarto y acuéstate : y tú, dijo volviéndose á Babolin, acuéstate también. Yo voy á meditar y á ver si puedo conjurar esta desgracia. Acostaos.

— ; Ah ! dijo Ludovico respirando ; gracias á Dios que en una hora que hablas has dicho una palabra razonable.

Rosa de Noel subió á su cuarto ; Babolin se volvió á acostar, y la Brocante, para meditar mejor sin duda, cerró la ventana.

CAPÍTULO XIII.

CALLE DE ULM. — PABLO Y VIRGINIA.

Ludovico, al ver á la Brocante cerrar la ventana, atravesó la calle y fué á apoyarse contra la casa de enfrente.

Desde allí miró á las ventanas de Rosa de Noel que se iluminaban á través de sus pequeñas cortinas blancas.

Desde el momento en que el amor, aunque tardamente se había apoderado del alma de Ludovico, éste había pasado los días y aun parte de las noches escuchando bajo

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
CALLE 1625 MONTERREY, MEXICO

las ventanas de Rosa de Noel, como Petrus las pasaba paseando por delante de la puerta de Regina.

La noche de que hablamos era una magnífica noche de verano.

Tenia el cielo ese azul transparente y limpio que el cielo de Nápoles refleja en el golfo de Baía.

Á falta de luna, las estrellas esparcían su luz á la vez fulgida y suave. Hubiérase uno creído trasladado á un paisaje de los trópicos, donde, como dice Chateaubriand, la obscuridad no es la noche, sino la ausencia del día.

Ludovico, con los ojos fijos en las ventanas de Rosa de Noel, presa el corazón de dulces emociones, saboreaba, soñando, las mil inefables dulzuras de aquella noche.

No había dicho á Rosa que vendría, no había cita ninguna convenida entre ambos; pero como sabía ella que sería raro que entre las doce y la una no estuviera allí, sabía Ludovico que apenas subiera á su cuarto abriría la ventana.

Lo que más le confirmó en esta idea fué que las ventanas, iluminadas un momento con el reflejo de la luz, quedaron de nuevo á óscuras.

Rosa de Noel acababa de encerrar su delatora bujía en un pequeño gabinete.

Después abrió con cuidado la ventana, y al colocar su rosal en el alfézar de ella, Rosa de Noel miró á la calle.

Sus ojos acostumbrados á la luz tardaron algo en reconocer á Ludovico en la sombra que se dibujaba en el ángulo de la puerta de enfrente.

Peró Ludovico lo había visto todo, y su voz, atravesando el espacio, fué á resonar en el corazón de la jóven

— ¡ Rosa !

— ¡ Ludovico ! respondió ésta.

Porque ¿ quién otro que Ludovico podía haber llamado á Rosa con aquella voz tan dulce que parecía un suspiro de la noche ?

Ludovico dió un salto, y de aquel salto atravesó la calle.

Delante de la casa de la Brocante había uno de esos poyos altos que ya no se encuentran sino en las esquinas de las antiguas casas del Marais.

Ludovico saltó más bien que subió sobre este poyo, y llegado allí, con sólo levantar el brazo, pudo tocar y estrechar entre las suyas las manos de Rosa de Noel.

Estrechólas largo tiempo sin decir nada y murmurando sólo estas palabras :

— Rosa, mi querida Rosa.

En cuanto á Rosa, no murmuraba el nombre del jóven; le miraba, y su pecho, palpitando dulcemente, respiraba vida y felicidad.

En efecto, ¿ qué necesidad tenían aquellos dos niños de cambiar palabras inútiles, tan sabio uno como otro para sentir, tan ignorante uno como otro para expresarlo ?

Todo su corazón, todo su afecto estaba en aquel apretón de manos.

Su voz no había añadido una palabra á aquel mudo concierto, en que las miradas son cantos deliciosos.

Ludovico conservó las manos de Rosa entre las suyas, sin que aquélla pensara en retirarlas.

Contemplábala con ese dulce éxtasis en que aparecen estar unidos el niño ó el ciego la primera vez que ven la luz.

Ludovico fué el primero que rompió el silencio.

— ¡ Rosa, querida Rosa ! dijo.

— Amigo mío, respondió ésta

¡ Y con qué sencillo acento que dijo estas palabras ! En verdad que no hubiéramos podido manifestar ni dar á conocer la encantadora entonación con que las pronunció.

Pero sólo aquella palabra hizo estremecer á Ludovico.

— ¡ Oh, si ! vuestro amigo, Rosa, el más tierno, el más respetuoso, el más decidido : tu amigo, tu hermano, hermana mía.

Al pronunciar estas palabras oyó ruido de pasos.

Este ruido, aun cuando trataban de reducirlo todo lo posible, resonaba en la solitaria calle como en el sonoro pavimento de una catedral.

— Alguien viene, dijo, y saltó de la ventana á la calle.

La atravesó rápidamente y fué á esconderse tras de la esquina formada por la calle de Ulm y la de los Correos.

Desde lejos divisó dos sombras.

Entretanto, Rosa de Noel cerraba la ventana, pero se mantenía oculta tras la cortina.

Las dos sombras se acercaron :

Las dos sombras eran dos hombres que parecían ir buscando una casa.

Llegados delante de la de la Brocante se pararon ; miraron primero el piso bajo, después el entresuelo, luego el poyo sobre que acostumbraba encaramarse Ludovico.

— ¿ Qué quieren esos dos hombres ? se preguntó éste atravesando la calle y deslizándose á lo largo de la pared para acercarse todo lo posible á los desconocidos.

Con tal cuidado andaba y tan bien se ocultó, que ninguna de las sombras le vió ni le oyó, pudiendo acercarse á ellos y oír que el uno decía al otro :

— Aquí es.

— ¡ Oh ! ¿ qué querrá decir esto ? pensó Ludovico abriendo su estuche y sacando de él el escalpelo más fino y

acerado con objeto de tener un arma en caso de necesidad.

Pero sin duda los dos hombres habían visto cuanto tenían que ver, porque dando la vuelta, cortaron la calle diagonalmente y se alejaron por la de los Correos.

— ¡ Oh ! murmuró Ludovico, ¡ si efectivamente, como presagiaba la Brocante, correrá algún riesgo Rosa de Noel !

Rosa, como hemos dicho, se había ocultado tras de la cortina, permaneciendo en pie tras de ella después de haber cerrado la ventana.

Á través de los cristales pudo ver á los dos hombres que se alejaron por la calle de los Correos.

Una vez lejos éstos, volvió á abrir la ventana y se asomó á ella de nuevo.

Ludovico subió sobre el poyo y volvió á coger las dos manos de la joven.

— ¿ Quién era ? preguntó ésta.

— Sin duda algunos que se retiraban á su casa, respondió Ludovico.

— He tenido miedo.

— Y yo también

— ¿ Tú también ? ¡ Tú has tenido miedo ! dijo la joven. Que yo lo haya tenido, pase, porque la Brocante me había asustado.

Ludovico hizo una señal con la cabeza que quería decir :

— ¡ Párdiez ! ya lo sé.

— Preciso es que te diga antes, amigo mío, que estaba leyendo el libro que me has dado ; ya sabes, *Pablo y Virginia*. ¡ Oh ! ¡ qué bonito es ! tan bonito, que no pensaba en subir á acostarme.

— ¡ Querida Rosa !

— Es verdad. Sabía que debías venir. Te esperaba..... Pero ¿ qué te estaba diciendo ?

— Decías, alma mía, que la Brocante te había asustado.

— ¡ Ah! sí, es verdad: pero ya estás tú aquí, ya no tengo miedo.

— ¿ Y dices que te divertía tanto *Pablo y Virginia* que no pensabas en subir á acostarte?

— No: imagínate que me parecía soñar y que en mi sueño se aparecía á mí una época de mi vida olvidada ya. Dime, Ludovico, tú que tantas cosas sabes, ¿ es verdad que se ha vivido ya antes de venir á este mundo?

— ¡ Oh! pobre niña, sin saberlo quieres deshojar y manosear á tu placer el secreto que intentan penetrar y descubrir hace seis mil años los hombres.

— Entonces, no sabes nada, dijo Rosa con aire triste.

— Pero, Rosa, ¿ por qué me haces esa pregunta?

— Espera, voy á decirte, porque al leer la descripción del país que habitaron *Pablo y Virginia*, con sus grandes bosques, sus cascadas espumosas, sus limpidas aguas, y su cielo azul, me parece que en mi primera vida he vivido en un país de que no me acuerdo sino desde que he leído á *Pablo y Virginia*, semejante al de estos con árboles que tienen largas y anchas hojas, frutas grandes como mi cabeza, bosques inmensos, un sol de oro, y un mar de color de cielo. Mira, el mar nunca lo he visto, y cuando cierro los ojos, me parece estar suspendida en una hamaca como la de Pablo, y que una mujer negra como Domingo me duerme cantando una canción. ¡ Oh! Dios mío, hasta me parece recordar las palabras de una canción: espera, espera.

Y Rosa de Noel cerró los ojos para penetrar en lo más recóndito de su memoria.

Pero Ludovico la estrechó la mano sonriendo.

— No te causes, hermanita, será inútil: como tú decías hace poco, es un sueño, y por más que hicieras no podrías recordar una cosa que no has visto ni oído.

— Posible es que sea un sueño, dijo tristemente Rosa de Noel; pero si he soñado, en mi sueño he visto un hermoso y magnífico país.

Y cayó en una profunda, dulce y vaga meditación.

Ludovico la dejó delirar, porque á través de la obscuridad, veía su sonrisa animar su semblante.

Pero como aquel ensueño ó delirio duraba á su pesar mucho tiempo, le dijo:

— ¿ Conque la Brocante te ha asustado?

— Sí, murmuró Rosa levantando la cabeza, pero sin comprender completamente lo que le decía Ludovico.

Ludovico leía en el pensamiento de la joven como en un libro.

Ésta pensaba en aquel bello país de los trópicos.

— Brocante es una tonta, dijo Ludovico; una tonta á quien haré entrar en razón.

— ¿ Vos? preguntó Rosa de Noel admirada.

— Ó haré que Salvador la meta en vereda, replicó el joven, puesto que Salvador parece ser respetado en esta casa.

Esta pregunta sacó completamente de su distracción á Rosa.

— ¡ Oh! más que respeto: Salvador goza en casa de cierta autoridad, puesto que todo lo que tenemos se lo debemos á él.

— Todo: cosas y personas.

— ¿ Creo que no contaréis entre esas cosas á Rosa de Noel? preguntó Ludovico.

— Perdonad, amigo mío, dijo la joven.

— ¿Cómo, dijo riendo, perteneces á Salvador, mi querida Rosa?

— Sin duda.

— ¿Y con qué título?

— ¿No pertenece uno á las personas á quienes quiere?

— ¿Y amáis á Salvador?

— Más que á nadie.

— ¡Vos! exclamó Ludovico con cierta admiración que expresó con un suspiro.

CAPÍTULO XIV.

LA CALLE DE ULM (CONTINUACIÓN.)

Y en efecto, esta palabra *amar* en la boca de la joven dirigiéndose á otro que á él, conmovió dolorosamente el corazón de Ludovico.

— ¿Conque amáis á Salvador más que á nadie en el mundo? preguntó de nuevo, insistiendo en lo mismo y viendo que Rosa no le respondía.

— ¡Más que á nadie en el mundo! repitió la joven.

— ¡Rosa! dijo tristemente Ludovico

— Pero ¿qué tienes, amigo?

— ¿Me preguntas qué tengo, Rosa? exclamó el joven con triste acento.

— Sin duda.

— ¿Luego no has comprendido?...

— Nada.

— ¿No me decías, Rosa, que amabas á Salvador más que á nadie en el mundo?

— Lo decía y lo repito; ¿por qué puede esto entristecerte?

— Amarle á él más que á nadie en el mundo, ¿no es amarme á mi menos que á él?

— ¿Menos que á él á ti, Ludovico? Pero si á Salvador le quiero como á un padre, como á un hermano; en tanto que á ti...

— ¿En tanto que á mí?... ¿qué, Rosa?... continuó el joven estremeciéndose de placer.

— En tanto que á ti te amo...

— ¿Como? dímelo, Rosa... ¿cómo me amas?

— Como...

— Acaba.

— Cómo Virginia amaba á Pablo.

Ludovico lanzó un grito de alegría.

— ¡Oh, querida mía! Dime, dime qué diferencia hay entre el cariño que tienes á Salvador y el que á mi me tienes, y el que puedes tener á los demás. Dime qué harías por Salvador y qué es lo que harías por mí.

— Pues bien, escucha, Ludovico; si Salvador muriese estaría muy triste, sería muy desgraciada, y nunca me consolaría de semejante pérdida. Pero si murieses tú, replicó la joven con apasionado acento, si murieses tú; me moriría yo también.

— ¡Rosa! ¡querida Rosa! exclamó Ludovico.

Y alzándose sobre la punta de los pies y atrayendo hacia sí las manos de la joven, logró poner los labios al nivel de aquellas manos, y las besó amorosamente.

Desde este momento hubo entre ambos un cambio, no de palabras ni de sonidos, sino de sensaciones puras y deliciosas.

Sus corazones latían al mismo impulso y su aliento se confundía en una sola respiración.

Quien hubiera pasado en aquel momento por la calle y los hubiera visto enlazados de aquel modo en una noche serena, hubiera querido llevar una partícula de aquel amor, una flor de aquel ramillete, una nota de aquella armonía.

Nada en verdad más encantador que aquella fusión de dos almas castas, de dos corazones vírgenes, pidiendo sólo al amor su misteriosos delirios, sus poéticas éxtasis. Era cuanto la pluma y el pincel han creado más ideal, más puro, más suave; desde la Eva enamorada en el paraíso florido, hasta la Mignon de Goethe, esa otra Eva nacida en la otra extremidad de la civilización, no ya en el Edén del monte Ararat, sino en los jardines de la Bohemia.

¿Qué hora era? Difícil cosa hubiera sido para aquellos jóvenes el decirlo. Pasaban los minutos tan dulcemente, que ninguno de los dos salía de sus éxtasis al roce de sus alas.

El Val-de-Grace, Santiago del Paso alto, San Esteban del Monte hacían sonar sucesivamente los cuartos, la media y las horas con toda la fuerza de su campana; no las oían, y el rayo hubiera podido caer en la calle, sin que ellos hubieran puesto en él más atención que en las estrellas que parecen desprenderse y caer del cielo.

Y sin embargo, un ruido infinitamente más débil que la voz de los relojes hizo estremecer de repente á Ludovico.

Rosa de Noel había tosido.

¡Oh! aquella tos era para él conocida; era la que con tanto trabajo había combatido y vencido.

— Perdón, perdón, Rosa adorada, exclamó.

— ¿Perdón? ¿De qué? ¿Qué tengo yo que perderte?

— Tienes frío, alma mía

— ¡Yo frío! dijo la joven admirada y encantada al propio tiempo con esta atención de Ludovico.

La pobrecilla, excepto á Salvador, no estaba acostumbrada á oír á nadie hablarla con tal solicitud.

— Sí, Rosa, has tenido frío; has tosido: es tarde; es preciso que te retires.

— ¡Retírame!

Y pronunció esta palabra con el mismo acento con que hubiera podido decir: creía que íbamos á estar siempre aquí.

Así que Ludovico respondió, no á la palabra sino al pensamiento de la joven.

— No, mi querida Rosa; es imposible que estés aquí más tiempo: no es el amigo quien te dice esto, es el médico quien te lo manda.

— Adiós pues, pícaro médico, dijo con tristeza.

Después añadió con su más dulce sonrisa:

— Hasta la vista, mi querido amigo.

Y al decir estas palabras se inclinó de tal modo hacia Ludovico, que los rizos de sus cabellos rozaron la frente del joven.

— ¡Oh! Rosa, Rosa! murmuró este con voz enamorada.

Después, alzándose sobre la punta de los pies levantó la cabeza, y sus labios se encontraron justamente á la altura de la blanca frente de la joven.

— Te amo, Rosa, dijo besando aquella frente tan pura.

— ¡Te amo! repitió la joven recibiendo en la frente el casto beso de su amante.

Después se metió en la habitación tan rápidamente, que cualquiera diría que había sido una visión.

Ludovico saltó del poyo á la calle, pero apenas había dado dos ó tres pasos de espalda, cuando la ventana,

que no quería perder de vista, se abrió de nuevo.

Ludovico, dijo de nuevo la voz de Rosa de Noel.

El joven dió un salto, y sin saber cómo se halló de nuevo en el sitio que antes ocupara.

— ¿Estás mala, Rosa?

— No, respondió la joven. Es que me acuerdo...

— ¿Que te acuerdas? ¿De qué?

— De haber vivido antes de vivir, dijo.

— ¡Dios mío! dijo Ludovico, ¿estás loca?

— No: ya sabes que en el hermoso país que hace poco veía, cuando era niña, estaba acostada en una hamaca como Virginia; y que mi nodriza, una buena negra, llamada... espera... ¡Oh! ¿cómo era su nombre?... ¡Ah! se llamaba Danal... Pues bien, esta buena negra me cantaba esta canción meciéndome en mi hamaca:

Y Rosa de Noel entonó con pura voz y acento descuidado una de esas canciones que los negros de los trópicos suelen cantar para dormir á los niños de sus señores.

Ludovico miraba á Rosa con profunda admiración.

Rosa se paró, porque las palabras se presentaban trabajosamente á su memoria.

— ¡Rosa! ¡Rosa! exclamó Ludovico, me asustas.

— Espera, espera, dijo Rosa de Noel, aun no he acabado.

Poco después acabó el canto. Ludovico la había escuchado anhelante. Rosa tosió de nuevo.

— Retírate, retírate, dijo Ludovico, volveremos á hablar de eso más tarde. Sí, sí, recuerda bien, querida Rosa; sí, como hace poco decías, hemos vivido ya antes de ver el día.

Y Ludovico saltó del poyo.

— ¡Adiós! ¡te amo! le dijo Rosa al cerrar la ventana.

— ¡Te amo! la contestó Ludovico rápidamente, para que las dos palabras penetraran á través de la entornada ventana.

— ¡Oh! se dijo Ludovico á sí mismo, ¡cosa extraña! ¿Es una canción criolla la que me ha cantado? ¿De dónde venía la pobre niña cuando la Brocante la ha recogido?

En este momento daban las tres, y una ligera luz blanquecina, esparciéndose por el horizonte, anunciaba que el día no tardaría en aparecer.

— Duerme bien, querida de mi corazón, dijo Ludovico: hasta mañana.

Y como si Rosa de Noel le hubiera oído, y estas palabras hubieran sido un eco de su corazón, la ventana se entreabrió de nuevo y la niña dijo á Ludovico:

— Hasta mañana.